

DIALOGO EN LOS INFIERNOS ENTRE MAQUIAVELO Y MONTESQUIEU (LA POLITICA DE MAQUIAVELO EN EL SIGLO XIX)

Por *Mauricio JOLY*.¹

PROLOGO DEL TRADUCTOR

En noviembre de 1954 el pujante Estado de San Pablo, Brasil, organizó diversos festejos en conmemoración del IV centenario de su fundación. Asistimos a dicho cónclave; fué oportunidad ocasionada a que nos vinculáramos con dilectas y destacadas personalidades que imprimieron huella en nuestro espíritu, que ello sucede cuando la exquisita sensibilidad de los recién conocidos llena nuestros sentimientos. Nada mejor para remachar una cadena espiritual como los afanes participados, las inquietudes compartidas, los sueños místicos y el espíritu de sacrificio por los ideales comunes. De entre el montón de inolvidables amigos, conquistó preferencia Raúl Carrancá y Trujillo. En medio del cenáculo paulistano,

1 Publicamos los diálogos XI y XII de la obra *Diálogo en los infiernos entre Maquiavelo y Montesquieu* (La política de Maquiavelo en el siglo XIX), de Mauricio Joly; obra muy poco conocida, que ha traducido recientemente el ilustre profesor argentino don Carlos A. Ayarragaray. La edición primigenia de esta traducción estaba destinada a las prensas de México, porque en las de la República Argentina era imposible bajo la dictadura del general Juan Domingo Perón. La tragicómica caída del dictador argentino ha hecho hoy posible la edición allí, que pronto aparecerá, perdiendo así México las primicias editoriales de tan sugestivo trabajo. Cuento ello en pago de la libertad que la Argentina ha ganado. Publicamos asimismo el prólogo —una magistral lección de filosofía política— con que aparecerá la obra, escrito de mano-maestra por el ilustre Ayarragaray. R. C. y T.

con fe espiritual, y rodeados del brillante panorama lugareño, prontamente comulgamos en promiscuas conturbaciones y la amistad recién nacida fué aureola a nuestras divagaciones.

Un día, rodeados del historial heroico de la nación brasileña, conversamos de las angustias que viven los pueblos contemporáneos. Examinando el panorama de diversos países, abordamos la cuestión de la intervención del Estado en todos los aspectos de la vida social, de donde el gobierno se parecería a un gerente de fábrica. Tal tendencia, aceptada por muchísimos con carácter de “rumbo inevitable”, prosperaba bajo desfallecimiento de fatalidad. Esa orientación, entendíamos, convertía al hombre en un número, en un agente, en un servidor del Estado en desprestigio de la moral natural; con el dicho sistema, el ciudadano dejaba de ser tal para convertirse en funcionario, o en simple engranaje administrativo de la maquinaria que dirigen los gobiernos según inspiraciones e idiosincrasia particular y que luego justifican ideologías estructuradas *ad hoc*, con la consiguiente deformación de la verdad. Como nosotros aspirábamos a la igualdad en la libertad, comentábamos que los gobiernos contemporáneos buscan en cambio la igualdad en la coerción y la servidumbre. Recordamos entonces la frase de Mussolini, quien enfáticamente proclamó: “Fuimos los primeros en afirmar que, conforme la civilización asume formas más complejas, más se restringe la libertad del individuo.” Evidentemente, organización y libertad se contraponen. Para nosotros, libertad es el poder de enfrentar la coerción, lo arbitrario del hombre, y la mantención en la elección de fines y en la competencia económica regulada. Al tal criterio le contradice un nuevo concepto de la libertad: el cual se traduce en que la libertad lo es sólo frente a la indigencia y a la sumisión del apremio de las circunstancias. De donde la novísima significación de relumbrón que se daba al sentido de la palabra libertad, metafóricamente era equivalente al del poder o al de riqueza distribuída magníficamente según planificación, o sea dirección consciente de los recursos de la sociedad como finalidad general. Ante semejante criterio, acordábamos que era necesario divulgar la conveniencia de reivindicar los derechos inalienables de la personalidad humana, la que triunfaría indiscutiblemente y que no era imprudente divulgar cómo los pueblos podían defenderse ante el primer asomo de subyugación de sus derechos, celosos de la eficacia de sus esfuerzos: aniquilar de entrada las fuerzas regresivas que envilecen al hombre y le esclavizan. ¿Podría encontrarse esa piedra filosofal para el orden político?

Nos referimos entonces a Mauricio Joly, vigoroso escritor francés que escribió en el año 1864 un libro titulado *Diálogos en los infiernos entre Maquiavelo y Montesquieu*, y que redactó en el destierro (como cuadra a una obra señera). Mas la visión de dicho escritor fué tan sagaz que pareciera una obra nacida ayer y escrita en uno de los tantos países que viven el drama del despotismo. Prometí su traducción en homenaje a la secular Universidad de México. He ahí el origen de esta versión castellana, que tiene como padrino a un espíritu singular. Cabe así a dicha Universidad, respetando el genio nacional, bregar por la libertad en todas las naciones, en significativa inquietud consagratoria del respaldo siempre debido a la cooperación internacional para los destinos supremos. Ese propósito se sirve, cuando se coloca la acción por encima de las finalidades comerciales y particulares, ya que aquélla se cifra en la felicidad del alma, del corazón y de la buena voluntad.

Sería deplorable para quienes menean como penacho el principio de la libertad (que en esencia es connata a la creación del ser y está por tanto en su naturaleza), divulgar cómo se puede tiranizar en dominio cesarista a los pueblos mediante cierta política ordenada y sistemática. Al tratar el asunto, nos inspiraba la frase de un preclaro americano, que por lo mismo aún no tiene la estatura consagratoria —no manejó la espada, sino la pluma— ni siquiera en la nación donde, más que acreedor, es glorioso vencedor: Alberdi. Los tiranos, expresaba Alberdi, en el siglo de la libertad no pueden serlo sino con las armas de Tartufo, de Basilio y de San Ignacio. Así, la obra que traducimos es atalaya defensiva. De ahí que un pueblo no es capaz de libertad sino cuando es conocedor del arte de cómo se suprime la libertad en nombre de la misma libertad. Por empezar, se crean contra los gobiernos una plaga de dogmas, doctrinas, abstracciones, códigos y leyes; no obstante lo cual, prosiguen la astucia y la violencia gobernando el mundo. En cuanto a la manera de atajar las artes destructoras de la libertad, no es difícil, dado que las tiranías tienen débiles e insignificantes comienzos, por donde se muestran siempre al desnudo y fácilmente pueden paralizarse, ya que su primer aparición y ostentación va dirigida a engañar, para luego atacar los derechos fundamentales de la humanidad. Cuando tales desmanes prosperan, es en los momentos en que las civilizaciones viven confiadas, optimistas y en exageración de quietud en vísperas de sus catástrofes. La sociedad que marcha hacia la ruina, hizo decir a Platón (*República*, VIII): “Así, amigo mío, es el bello y glorioso comienzo del cual brotan los tira-

nos"; es de la podredumbre de donde nacen y se alimentan los gusanos. De ahí que los problemas de la libertad anden descuidados y abandonada su vigilancia por la ciudadanía, la cual es atraída preferentemente por preocupaciones materiales. Para quienes viven desprendidos de aquella tragedia, es bueno vayan sabiendo que por tales causas, en los tiempos que corremos apenas resta decisión vital para el individuo que no esté usurpada por el Estado. A ello nos ha llevado la exageración de la idea colectivista con sus hijastras el socialismo y el totalitarismo y su forma derivada, la planificación de las sociedades, nuevo Proteo deliberadamente buscado y con éxito deslumbrante, y que aún a los ingenuos idealistas. Lo esencial es que las directivas económicas colectivistas, como lo son las planificadas, se mueven libremente por no existir normas orgánicas de un código de ética. De ahí que su realización por el Estado, lleve a suprimir la libertad individual. La planificación conduce a la dictadura: si hay planificación no cabe en el ciudadano elecciones, sino sumisiones. Caen los derechos individuales y quedan sólo deberes individuales. Trotsky lo dijo: el que no obedezca no vivirá. Todos se convierten a sueldo del Estado. La mayoría va contra el individuo. La demostración de esas ideas las ha hecho naturalmente Hayek.

Se nos contestará que ese menoscabo de los derechos se compensa con los derechos alcanzados en materia de libertad económica; es inexacto. Ella ha concentrado los medios de producción en manos del Estado, convertido en único patrono y, como Dios moderno, interviene no en lo moral y espiritual, sino como comerciante productor y distribuidor al menudeo. Antes se brindaba provechos morales y económicos a las naciones por sus taumaturgos y le sucedió al pueblo bíblico. Ahora el propio pueblo y los hombres entienden que ya pasaron los días donde se vivía la pobreza mientras fuera ella limpia, sana, orgullosa e independiente. En esta época los hombres buscan y consienten en cambio su sumisión como transacción necesaria a la seguridad del bienestar de su clase. Mas ninguna civilización es rectora si sólo la mueve el procurar la prosperidad económica, porque ella degrada al hombre libre: es mejor la pobreza que las satisfacciones materiales. La planificación o nacionalización de la industria, planifica o nacionaliza el pensamiento. ¿Qué vale la conquista de la riqueza para el pueblo y el hombre, si ha perdido su libertad natural y política? El hombre moderno carece de seguridad y no hay más seguridad de su persona, bienes y hacienda, que aquella que quiere el César dignarse otorgarle. Olvidan los hechiceros políticos que la li-

bertad es cosa natural y que el liberalismo no es una doctrina, sino un modo de vivir y que se vive por instinto.

Estimamos que el principio de la autoridad está subordinado al principio de la libertad. La autoridad está hecha para la libertad y no la libertad para ser juego permanente de la autoridad. Sin embargo, en ciertas épocas, la autoridad se comporta de modo de exterminar con la fuerza todo cuanto se cruza en su camino. En los países civilizados, donde no hay militarismo, el poder requiere de autoridad; pero la autoridad no es el poder por antonomasia; sobre la fuerza material, está la fuerza moral. Ella no se compra; se gana en la conducta cotidiana. Renegamos de cualquier libertad que cualquier nación recibe de sus salvadores, mesías, libertadores, regeneradores o caudillos; ella será siempre espúrea y reveladora de que quien reparte, promete o distingue desde el poder privilegios, bienes, prebendas o beneficios, como en una tómbola, es un incivil, y tal lo es quien cree que todo le está permitido y no repara que gobernar por sí es prueba de tontería, de locura o de maldad; la vida colectiva en su total complejidad, escapa al razonar de uno solo.

Por ello hay que repudiar apenas despunte en la vida de las naciones cualquier acto de opresión, cuya repetición es en definitiva la fuente de usos tiránicos y la implantación de sistemas despóticos. De un atentado a la libertad, deriva el abuso metódico, el atropello diario, y a la larga surge el Estado totalitario o planificador. Los gobiernos no pueden ser taumaturgos y asegurar la felicidad a todos, que ello significaría volver a la época en que los pueblos eran gobernados desde el cielo por dioses hechos a la imagen del hombre. La religión no es el sostén preciso de las sociedades; su papel hoy ha terminado; su finalidad era la salvación personal en pleno énfasis; no existía entonces el problema de ser el pueblo fuente del poder, y de ahí que hoy el problema está en salvarse dentro del medio natural para alcanzar la anhelada y quimérica protección del ser humano. En la tierra no cabe la soledad y se vive en plena realización de la solidaridad colectiva. Somos las herramientas que utiliza una suerte fría, ajena al vicio y a la virtud. Está socavada la teología ortodoxa de todas las religiones históricas por la psicología, la sociología, la biología y la ciencia moderna; aferrarse a ella es como intentar salvarse de un naufragio cogidos a una paja. No cabe, por ello, en los gobiernos, el uso inmoderado de la fuerza pública, de los engaños, venalidades y corrupción organizados, del manejo como propio de la hacienda pública, de la piratería oficial, del fomento del

salvajismo que llevan muchos por temperamento, y menos de la imposición de la propia opinión consecuencia de la egolatría en la conducta individual. Gobernar no es motivo para dar rienda suelta al mando, ya que gobernar es cuestión de alta técnica y ciencia de aproximaciones, posibilidades y transacciones. No es ocasión para realizar y despotricar las propias lucubraciones. Alguien dijo con justicia que los mejores gobiernos son los que no se sienten. Al fin de cuentas, el pueblo está integrado por seres humanos y con ellos no caben experiencias. No hay ni puede haber país sin libertad; si falta la libertad se abre el camino a la adversidad y a las convulsiones nacionales y mundial. Negarla, cerceñarla, disminuirla, perseguirla, es crimen contra la humanidad, porque cuando ello sucede la patria ha tiempo que lleva perdido sus títulos y su individualidad, que ella es, por definición, libertad, igualdad y dignidad de todos sus habitantes. La libertad individual fué forjadora en el mundo de civilización y desde las profundidades del salvajismo levantó el progreso humano al nivel que gozamos hasta años muy cercanos.

Esa libertad está jaqueada en estos años en muchos países. No renunciará por ello la democracia en prestar su eterna ayuda activa y diaria intervención cívica y rogando por los demás; así construirá para el porvenir del mundo, usando de la opinión, del razonar y de la polémica que esgrimen los que creen que ello es prueba de amor hacia quienes no piensan y sienten como nosotros. En la lucha por la libertad nos rodea un limbo de desprendimientos y quimeras. Tal es la aleluya del ciudadano que cree en la libertad.

No creemos que el escenario de la historia deba ser contemplado desde un circo sin espectadores y donde ofician de público los propios actores que llenan con sus comparsas las butacas, como en el teatro pirandelliano. Si antes cada cual vivía en su casa y Dios en la de todos, ahora pareciera que el Estado quiere vivir en la de todos y que es su corolario ineluctable el hombre en la calle, de donde el llamado a la demagogia con su esfuerzo inevitable dirigiendo la prensa, la radio, la televisión y la organización de fuerzas de choque con sus adictos y secuaces. Esa forma tiránica de conducirse no deja pensar, ya que aturde con vocinglería estridencia; con divulgaciones estereotipadas y fijas, transmitidas en cadena radial; con propaganda profusa que abate y con el arte engarrotada bajo directiva oficial; el amor traficada con el derrumbe moral enseñado y fomentado desde el escenario gubernamental y alentado el odio de clases que se crea dividiendo al pueblo en oficialistas por un lado y

réprobos por el otro. Impera así el pensamiento oficial en serie ordenada, es decir, en prohijado servilismo. Es divino el que podamos tener la molestia de pensar y que escapemos al deslumbramiento de las fogatas que estimulan los fanáticos.

Se culmina así con el más espantoso despotismo y sus derivados repugnantes: el genocidio, la degeneración sexual y la amoralidad entronizada, procesión necesaria para el éxito de la autoridad usurpada. "La locura en los grandes debe ser vigilada" (*Hamlet*, acto III, esc. II). Mas en tan dilatado infierno, hay ilusiones de redención y ella existe en cuanto el ciudadano admite que la libertad es símbolo de la elección de conducta, dentro de las alternativas propias a la propia determinación en el tiempo y en el espacio. Esas elecciones se forman en lo íntimo de cada cual y a la larga son destructoras de la voluntad de los mandones. Llega siempre el momento en que el soldado afortunado ha de jugar a los dados en el trasero del rey depuesto, como decía un poeta decadente.

Las dictaduras se apoyan en la masa: son demagógicas, es decir, que se sustentan en la violencia y su fuerza se vanagloria orgullosa en el desprecio por el hombre. Es ello resultado de la política maquiavélica y así lo señala Joly. Su propia y jactanciosa ignorancia las hace fuertes y por ello son violentas. El poder es emblema de la omnipotencia y se compadrea en el ejercicio del mando y correlativamente alardea el espíritu de sumisión que traducen las loas y balbuceos de los castrados mentales y bufones revestidos de sobrepelliz y de los que hacen un culto del besamano palaciego. La fuerza del poder se cimenta en la atracción corruptora, en la captación de los débiles, de los descastados, de los necesitados, y en toda la escoria social, con el consiguiente repudio de los sanos, fuertes e incorruptos. Es que las opresiones necesitan tejer vasta red de influjos subalternos cooperadores de la realización de sus abusos. Nuestro padre Lucas Ayarragary decía que ella busca cómplices en vez de colaboradores; catequizados y no hombres libres; pero maquinando con materia humana inferior le fallan a menudo los cálculos. Si la ciudadanía vigila, si no es sorprendida en pleno nirvana, no tiene cómo nacer. Olvidan los mesías sociales que el nivel de la política se eleva y dignifica si actúa con eficacia la opinión pública. Hay que creer con Spencer, que la mala política de aquellos que están en el poder es correlativa de la de aquellos sobre quienes se ejerce el poder. Tal es el clima de la multitud que rodea la tiranía y con los cuales luego se vive la orgía destructiva de la Constitución y de la familia y su

reemplazo por creaciones útiles al despotismo. Olvidan las fuerzas regresivas de la tiranía que el sol alumbra para todos, sin averiguar lo que cada uno piensa. Al avasallamiento total se llega lentamente y, según Shakespeare, esos momentos culminantes proyectan delante de ellos su sombra, antes de sacudir al universo con el estrépito de su presencia.

El libro de Joly enseñará a muchos cómo puede destruirse la libertad, y, por ende, cómo prevenirse de grandes males futuros, evitando que los pueblos sean lacerados por la prepotencia. Exponer programas es combatir los gobiernos totalitarios o planificadores en nombre de la libertad, de la tolerancia y del espíritu de caridad para el prójimo. La acción individual moverá siempre a las democracias contra los gobiernos absolutos, tal cual como éstos barrieron o jaquearon a la democracia.

La civilización del porvenir deberá edificarse sobre una visión universal del hombre y de la vida humana. No cabrán en el futuro soluciones locales para con los verdaderos intereses de la raza humana. Ellas no respaldarán monopolios de grupo, tanto raciales como religiosos, políticos o económicos. La civilización es asunto general y no particular o local. El hombre es problema político para la humanidad y no propio de ciertos países o comarcas. Esta universalidad es genio moderno y nadie cree en países elegidos y en protectores de estirpes, familias o razas; ahora no cabe el creer en pueblos elegidos.

Con Carrancá y Trujillo, no éramos tan ingenuos que creyéramos en la realización de una sociedad perfecta; mas admitíamos que su realización en los tiempos que corren sufre por el hecho de haberse convertido el gobierno en un Moloch. El desempeño desenfrenado del poder es tendencia universal. Siempre así sucede, y al haraposo y modesto traje de Jesús le sucede el violento escarlata de los drapeados cardenalcios. Las ideas de libertad resuenan hoy en nosotros como el majestuoso preludio de sinfonías panteístas que canta sufriente el alma del siglo xx, desorientada por tinieblas y herida por rayos. De esa inseguridad surgen los mandones y regeneradores, y proviene la enfermedad política que nuestro siglo nos inculca con la virulencia de concepciones materialistas excluyentes, cultivadas por heresiarcas. Es que siempre en los momentos críticos los pueblos están dispuestos a entregar sus libertades a un salvador. Las tiranías son populares a menudo en sus comienzos o son consentidas o son acatadas. Ellas advienen en el transcurso de épocas

campechanas, luego que el escepticismo quebranta el espíritu público; si tienen generalmente finales trágicos, es porque, una vez desaparecidas las circunstancias efímeras que las promovieron, pretenden sobrevivirse a sí mismas.

Pertenece a los soñadores que vislumbramos en la proscripción en que vivimos el peligroso privilegio de trabajar para el futuro, para nuestros hijos y sus generaciones. El imaginar fascina; el enigma interesa. Nuestro anfiteatro está decorado de fulgurantes reverberaciones y está revestido contra los atentados del presente con más protección que la doblez de metal precioso con que recubrieron en vano los egipcios las momias de sus reyes venerados como dioses, sin reparar que ellos, como todos los dioses, no resisten la acción corrosiva de los siglos, por más protegidos que estén.

No deseamos terminar esta advertencia sin recordar la ayuda eficaz prestada en esta traducción por Raúl Oscar Novaro (Dorival), Fausto Tezanos Pinto y otros; uno ya se encuentra en la paz de ultratumba, los demás están en las catacumbas del pensamiento, alertas cual visionarios esperando el advenimiento de un *Maran atha* político regenerativo, ya que nada podemos esperar del hedonismo crítico. Todos tenemos sinceras inquietudes y preocupaciones de humanidad. La fuerza en el hombre está en encontrarse en el campo de lo inmaterial, como decía Shelley. Esperamos que no se apague la antorcha que llevamos en la mano para dejarnos en noche sombría, ya que nos gloriamos de pertenecer a una familia de precursores y de rebeldes; de ellos depende todo progreso. Odiamos las perogrulladas convencionales, que alejan la comprensión y simpatía entre los ciudadanos y las naciones. Algunos viven recogiendo ideas que repiten metiéndolas en caja de resonancia; otros, para atraparlas y analizarlas en lo que tienen de natural. Los primeros hunden el mundo; los segundos crean un mundo. Nos creemos unidos con lo más noble del pasado y con lo más bello del futuro, y al exponer estas ideas, las confiamos a un embajador amigo y a la Universidad mexicana, que permite que desde su campanario, mientras arrullan las palomas de la paz, vuelen libérrimos los auténticos ideales humanos.

Carlos A. AYARRAGARAY.

Maquiavelo.—Con harta razón observáis en el *Espíritu de las Leyes* que a la palabra libertad se le acuerdan significaciones muy diversas. Léense en vuestra obra, según se dice, frases como esta:

“La libertad es el derecho de hacer lo que las leyes permiten.”¹

Encuentro justa esta definición, con la que estoy de acuerdo, y puedo aseguraros que mis leyes sólo permitirán lo conveniente. Podréis juzgar cuál es su espíritu. ¿Por qué punto os agradaría comenzar?

Montesquieu.—Ante todo, no me disgustaría saber cómo os defenderéis de la prensa.

Maquiavelo.—Habéis puesto el dedo en la llaga; realmente, éste es el aspecto más delicado de mi tarea. Concibo un vasto sistema de aplicaciones múltiples. Felizmente, en este punto puedo obrar con entera independencia; puedo podar y suprimir completamente seguro y casi sin despertar recriminaciones.

Montesquieu.—¿Por qué razón, queréis explicarme?

Maquiavelo.—Porque la prensa tiene el raro talento de hacerse detestar, en la mayoría de los países de sistema parlamentario; porque sólo está al servicio de las pasiones violentas, egoístas y exclusivas; porque desacredita en forma deliberada, es venal e injusta, carece de generosidad y de patriotismo; y, sobre todo, porque la masa de un país no comprenderá nunca la finalidad de la prensa.

Montesquieu.—Ciertamente, si buscáis quejas contra la prensa, podréis acumularlas con toda facilidad. Pero es bien distinto preguntar para qué puede servir. La prensa impide la arbitrariedad en el ejercicio del poder; obliga a gobernar en forma constitucional; fuerza a los representantes de la autoridad pública a guardar honestidad, pudor, respeto a sí mismos y a los demás. En una palabra, otorga a los oprimidos el medio de quejarse y ser escuchados. Mucho puede perdonarse a una institución que, pese a tantos abusos, presta tantos servicios.

Maquiavelo.—Conozco ese alegato, efectivamente, pero hacedlo entender, si podéis, a la mayoría; veréis cuántos se interesarán por la suerte de la prensa.

¹ *Espíritu de las Leyes*, libro XI, cap. III.

Montesquieu.—Por ello considero de mayor interés que me expliquéis los medios prácticos de *amordazarla*; creo que esa es la palabra.

Maquiavelo.—Es la palabra, en efecto. Además, no sólo al periodismo voy a refrenar.

Montesquieu.—A la propia imprenta.

Maquiavelo.—Empezáis a emplear la ironía.

Montesquieu.—Por ahora la escamoteáis, pues de cualquier modo encadenaréis la prensa.

Maquiavelo.—No es posible defenderse contra una jovialidad tan espiritual; pero comprenderéis sobradamente que no valdría la pena escapar a los ataques del periodismo para caer bajo los del libro.

Montesquieu.—Bien, comencemos por el periodismo.

Maquiavelo.—Si suprimiese pura y simplemente los diarios, chocaría imprudentemente contra la susceptibilidad pública, a la que siempre es peligroso desafiar abiertamente. Procederé por una serie de disposiciones que parecerán simples medidas de previsión y policía.

Decretaré que en lo futuro no podrá fundarse ningún diario sin autorización del gobierno. He aquí el mal detenido en su desarrollo, pues os imaginaréis sin trabajo que los diarios que serán autorizados en lo futuro, no podrán ser sino órganos afectos al gobierno.

Montesquieu.—Pero, ya que entráis en todos estos detalles, permitidme: el espíritu de un diario cambia con el personal de su redacción. ¿Cómo podréis evitar una redacción que os sea hostil?

Maquiavelo.—La objeción es harto débil, pues en fin de cuentas, no autorizaré si no lo quiero la publicación de ninguna hoja nueva. Pero tengo otros planes, como veréis. Me preguntáis cómo he de neutralizar una redacción hostil. De la manera más simple, en verdad: agregaré que es necesaria la autorización del gobierno para todo cambio que se opere en el personal de los jefes de redacción o gerentes del diario.

Montesquieu.—Pero los antiguos diarios, que han permanecido hostiles a vuestro gobierno y cuyo cuerpo de redacción no ha cambiado, esos hablarán.

Maquiavelo.—¡Oh, escuchad! Afectaré los diarios presentes y futuros con expedientes fiscales que trabajarán según convenga a las em-

presas de publicidad; someteré las hojas políticas a eso que hoy llamáis el sello y la fianza. A poco, la industria de la prensa apenas será lucrativa gracias al aumento de estos impuestos, y nadie se dedicará a ella sin saber harto bien lo que le espera.

Montesquieu.—El remedio es insuficiente, pues los partidos políticos no se cuidan del dinero.

Maquiavelo.—Estáos tranquilo, que yo tengo cómo cerrarles la boca, pues ahí vienen las medidas represivas. Hay Estados europeos donde se confiere al jurado el conocimiento de los delitos de prensa. No conozco medida más deplorable que ésta, pues agita la opinión a propósito de cualquier conseja de periodista. Los delitos de prensa tienen un carácter tan elástico, el escritor puede disfrazar sus ataques bajo formas tan variadas y sutiles, que no es posible denunciar el conocimiento de esos delitos ante los tribunales. Estos permanecerán siempre prestos, no hay que decirlo, pero el arma represiva corriente debe estar en manos de la administración.

Montesquieu.—¿Habrá entonces delitos que no serán sometidos a los tribunales, o más bien castigaréis a dos manos: con la de la justicia y con la de la administración?

Maquiavelo.—¡Gran problema! Demasiada solicitud por algunos malos periodistas, que todo lo atacan y todo denigran; que frente a los gobiernos actúan como esos bandidos que los viajeros encuentran en su ruta, las armas a la mano. Continuamente están fuera de la ley; así, por lo menos, los someteremos un poco a la misma.

Montesquieu.—Entonces, ¿sólo sobre ellos caerán vuestros rigores?

Maquiavelo.—No puedo empeñar mi palabra, ya que los periodistas son como las cabezas de la hidra de Lerna; cuando se cortan diez, vuelven a salir cincuenta. Pero me dirigiré, principalmente, contra los diarios como empresas de publicidad. Les diré simplemente: “He podido suprimirlos a todos, no lo he hecho pero aún puedo hacerlo; os dejo vivir, se entiende que con una condición, la de no entorpecer mi marcha y hacer perder la consideración de mi poder. No quiero tener que hacer procesos diarios, ni comentar continuamente la ley para reprimir vuestras infracciones; no puedo tener un ejército de censores que examinen la víspera lo que editaréis al día siguiente. Tenéis plumas, escribid;

pero recordad bien: reservo, para mí y mis oyentes, el derecho de juzgar si fuera atacado. Nada de sutilezas. Si me atacáis, lo sentiré, y también vosotros; en ese caso haré justicia con mis propias manos, mas no inmediatamente pues quiero tener consideraciones; os advertiré una y dos veces; a la tercera, os suprimiré.”

Montesquieu.—Observo con asombro que este sistema no ataca precisamente al periodismo, sino al diario, cuya ruina arrastra tras de sí la de los intereses agrupados a su alrededor.

Maquiavelo.—Que se agrupen en otra parte; no es posible ocuparse de esas cosas. Como os lo acabo de decir, mi administración aplicará su castigo, lógicamente sin perjuicio de las sentencias que dicten los tribunales. Dos condenas en un año determinarán, según derecho, la supresión del diario. No me contentaría con esto, sino que diría a los periódicos, mediante un decreto o una ley: Tened la mayor circunspección en lo que os concierne, mas no intentéis agitar la opinión mediante comentarios sobre los debates en mis Cámaras; os prohibo las actas de sesiones, como también los informes sobre debates judiciales referentes a la prensa. No intentéis impresionar a la opinión pública con supuestas noticias llegadas del exterior; con penas corporales castigaré las noticias falsas, ya se hayan publicado de buena o de mala fe.

Montesquieu.—Páreceme un poco duro todo esto, ya que los periódicos sólo existirán para proporcionar noticias, no pudiendo, sin correr peligro, entregarse a comentarios de carácter político. Ahora bien, cuando un diario publica una noticia, resulta difícil probar su veracidad, pues, a menudo, no podrá responder de manera indubitable, y en el caso de estar moralmente seguro de su verdad, le faltará la prueba material.

Maquiavelo.—Se logrará así fijar bien la atención antes de agitar la opinión.

Montesquieu.—Mas veo aquí otra cosa. Si no se os puede combatir mediante los periódicos internos, se os atacará en los del exterior. En las puertas de vuestro reino escribirán los descontentos y los rencores todos; se arrojará, por encima de la frontera, diarios y escritos incendiarios.

Maquiavelo.—¡ Ah! llegáis a un punto que pienso reglamentar de la manera más estricta, puesto que la prensa del exterior es, efectivamente, muy peligrosa. En primer término, la introducción o la circulación, den-

tro del reino, de periódicos o escritos no autorizados, será castigada con prisión y la pena será lo suficientemente severa como para quitar tales deseos. Además, aquellos de mis súbditos que hayan escrito contra el gobierno en el extranjero, serán detenidos y penados al volver al reino. Verdadera indignidad es escribir en el exterior contra su gobierno.

Montesquieu.—No siempre. Por otra parte, la prensa extranjera de los Estados vecinos también hablará.

Maquiavelo.—¿Lo creéis? Suponemos que gobierno un gran reino. Os juro que los pequeños Estados que rodean mi frontera estarán temblando. Haré dictar leyes que perseguirán a sus propios súbditos, en caso de ataque contra mi gobierno hecho por la prensa o por cualquiera otra vía.

Montesquieu.—Comprendo que tuve razón al decir, en el *Espíritu de las Leyes*, que las fronteras de un déspota deben ser devastadas. La civilización no debe atravesarlas. Estoy seguro que vuestros súbditos no conocerán su historia. Según las palabras de Benjamín Constant, haréis de vuestro reino una isla que ignorará lo que ocurre en Europa, y de la capital otra isla que no sabrá lo que pasa en las provincias.

Maquiavelo.—No quiero que mi reino pueda agitarse con rumores llegados desde el exterior. ¿Cómo llegan las noticias exteriores? Por medio de un pequeño número de agencias que centralizan los informes recibidos de las cuatro partes del mundo. Y bien, debe pagarse a esas agencias, y desde ese momento el gobierno podrá inspeccionar sus noticias.

Montesquieu.—Está bien; ahora podéis hablarme de los libros.

Maquiavelo.—Esto me preocupa menos, pues casi no se leen libros en una época en que el periodismo ha cobrado tan prodigiosa extensión. No por ello he de dejar la puerta franca. En primer lugar, los impresores, editores y libreros estarán obligados a obtener una patente, es decir, una autorización que el gobierno podrá retirarles en cualquier momento, ya sea directamente o por decisión de la justicia.

Montesquieu.—Pero entonces tales industriales serán una especie de funcionarios públicos. ¡Los instrumentos del pensamiento se convertirán en instrumentos del poder!

Maquiavelo.—Pienso que no os quejaréis, pues en vuestro tiempo, bajo los parlamentos, las cosas eran semejantes; es necesario conservar

las antiguas costumbres cuando éstas son buenas. Volveré a las medidas fiscales; extenderé a los libros el sello que grava los periódicos, o más bien impondré todo el peso del sello a los libros que no tengan cierto número de páginas. Por ejemplo, una publicación que no tenga doscientas o trescientas páginas, no será libro sino folleto. Creo que entendéis perfectamente la ventaja de esta combinación; por una parte, mediante el impuesto, dispersaré la nube de pequeños escritos que constituyen un anexo del periodismo; por otra, los que quieran librarse del impuesto tendrán que componer escritos largos y costosos, que casi no se venderán o apenas se leerán en esa forma. En esta época, sólo los pobres diablos piensan escribir libros; tendrán que renunciar. El fisco desalentará la vanidad literaria y la ley penal desarmará a la misma imprenta, pues impresores y editores serán responsables, criminalmente, del contenido de los libros. Si existen escritores tan atrevidos que se animen a componer obras en contra del gobierno, es necesario que no encuentren quien se las edite. Esta saludable intimidación establecerá indirectamente una censura que el gobierno no podría ejercer por sí mismo, a causa del descrédito en que ha caído tal medida preventiva. Antes de aceptar obras nuevas, impresores y editores consultarán y se informarán; así darán a conocer los libros cuya impresión se pretende y de esta manera el gobierno estará siempre informado de las publicaciones que se preparan en su contra; cuando lo juzgue oportuno, dispondrá el embargo previo y denunciará a los autores ante los tribunales.

Montesquieu.—Me habíais dicho que no tocaríais los derechos civiles. Sin embargo, pareceme que no dudais que con esta legislación atacáis la libertad de industria; allí está también comprometido el derecho de propiedad, que padecerá llegado el momento.

Maquiavelo.—Esas son palabras.

Montesquieu.—Pienso que habéis concluido con la prensa.

Maquiavelo.—Aún no.

Montesquieu.—¿Qué falta, pues?

Maquiavelo.—La otra mitad de la tarea.

DIALOGO DECIMOSEGUNDO

Maquiavelo.—Os he mostrado ya la parte defensiva del régimen orgánico que impondré a la prensa; ahora veréis cómo podré emplear esta

institución en provecho de mi poder. Me atrevo a aseguraros que ningún gobernante ha tenido, hasta ahora, concepción más hábil que la mía. Los gobiernos de los países parlamentarios sucumben casi siempre por obra de la prensa; pues bien, concibo la posibilidad de neutralizarla por la prensa misma. ¿Sabéis qué hará mi gobierno contra la gran fuerza del periodismo? Pues se hará periodista, será la encarnación del periodismo.

Montesquieu.—¡En verdad, me dáis raras sorpresas! Desplegáis ante mis ojos un panorama perpetuamente variado; os confieso que siento curiosidad por saber cómo realizaréis vuestro nuevo programa.

Maquiavelo.—Se necesitará menos imaginación de la que pensáis. Contaré el número de diarios que representan la llamada oposición. Si existen diez, el gobierno poseerá veinte; si la oposición tiene veinte, tendré cuarenta; si son cuarenta, los míos serán ochenta. Comprenderéis ahora perfectamente el motivo por el cual me he reservado la facultad de autorizar toda creación de nuevas publicaciones políticas.

Montesquieu.—Efectivamente, es muy simple.

Maquiavelo.—No tanto como lo creéis, sin embargo, porque es necesario que la mayoría del pueblo no sospeche esta táctica; la combinación fallaría y la opinión se alejaría de los diarios que defendieran abiertamente mi política.

Dividiré las publicaciones adictas a mi poder en tres o cuatro categorías. En primer lugar pondré cierto número de diarios de matiz abiertamente oficial y que en todos los casos defenderán mis actos. Os advierto que estos diarios no serán los de mayor ascendiente sobre la opinión. En segundo término colocaré otra categoría de publicaciones de carácter meramente oficioso, cuya misión será atraer a mi partido a la masa de hombres tibios e indiferentes, que aceptan sin escrúpulos lo establecido, pero que no avanzan más en su religión política.

Las palancas más poderosas de mi poder se hallarán en la siguiente clase de diarios. En éstos, el matiz oficial u oficioso se disimula completamente, en apariencia, pues, en realidad, estarán igualmente unidos a mi gobierno; en unos casos la cadena será visible, en otros no. No puedo adelantaros el número de estas publicaciones, pues contaré con una para cada opinión, para cada partido; habrá un diario aristocrático para el partido aristocrático, uno republicano en el partido republicano, uno revolucionario en el partido revolucionario, otro anarquista, si es necesario, en el partido anarquista. Como el dios Vichnú, mi prensa tendrá

cien brazos, y éstos darán la mano a todos los aspectos de la opinión en todo el territorio del país. Sin saberlo, serán de mi partido. Los que crean hablar su lenguaje, hablarán el mío; los que pretendan agitar su partido, agitarán el mío; los que supongan marchar bajo su bandera, lo harán bajo la mía.

Montesquieu.—Decidme, ¿son estas concepciones realizables o simples fantasmagorías? Vuestro plan produce vértigo.

Maquiavelo.—No perdáis la cabeza, pues aún no he concluído.

Montesquieu.—Me pregunto solamente cómo podréis reunir y dirigir ese ejército clandestinamente contratado por vuestro gobierno.

Maquiavelo.—Comprenderéis que se trata de un simple asunto de organización; por ejemplo, bajo el nombre de visión de prensa e imprenta, crearé un centro de acción común que dará la señal e impartirá las consignas. Entonces, los que conozcan sólo a medias esta combinación, presenciarán un extraño espectáculo: publicaciones adictas a mi gobierno me atacarán, gritarán, despertarán toda suerte de inquietudes.

Montesquieu.—Todo esto supera mis fuerzas, nada alcanzo a comprender.

Maquiavelo.—Sin embargo, no es tan difícil de concebir; observad que los diarios de que os hablo no atacarán nunca las bases y los principios de mi gobierno; harán únicamente una polémica de escaramuzas, una oposición dentro de los más estrechos límites.

Montesquieu.—¿Y qué beneficios os reportará?

Maquiavelo.—Vuestra pregunta es hartamente ingenua. El resultado, realmente estimable, será que la mayoría dirá: ¡Verdaderamente somos libres; bajo este régimen, injustamente atacado, se puede hablar, ya que en lugar de oprimir, como podría hacerlo, sufre y tolera! Otra consecuencia de no menor importancia será la de originar, por ejemplo, observaciones como éstas: Ved hasta qué punto se imponen al respeto de todos los principios y fundamentos del gobierno; ni aun los diarios que se permiten las mayores libertades de palabra atacan las instituciones establecidas. Es evidente desde todo punto de vista que las mismas se encuentran por encima de la injusticia de las pasiones, puesto que los mismos enemigos del gobierno se ven obligados a respetarlas.

Montesquieu.—Pues bien, confieso que es verdaderamente maquiavélico.

Maquiavelo.—Me hacéis demasiado honor, pero todavía hay algo más: puedo deciros que con la ayuda oculta de estas publicaciones, dirijo a mi antojo la opinión en todos los asuntos de política interna y externa. Excito o adormezco los espíritus, los tranquilizo o los desconcierto, defiendiendo el pro y el contra, lo verdadero y lo falso. Anuncio un acontecimiento o lo desmiento según las circunstancias; así conozco el pensamiento público, recojo la impresión producida, ensayo combinaciones, proyectos, determinaciones repentinas, en una palabra, lo que en Francia llamáis globos de ensayo. Combato a mis enemigos según mis deseos sin comprometer mi poder, pues una vez que los diarios han hablado puedo, si es necesario, desaprobáros enérgicamente; solicito la opinión con referencia a determinadas resoluciones, la manifiesto o la callo, estoy siempre al tanto de sus pulsaciones; sin saberlo, la opinión refleja mis impresiones personales y se maravilla al encontrarse siempre de acuerdo con su soberano. Entonces se dirá que poseo fibra popular, que existe una secreta y misteriosa simpatía que me une a los movimientos de mi pueblo.

Montesquieu.—Estas combinaciones me resultan de una perfección ideal. Empero, debo haceros una tímida observación: si abandonáis vuestro silencio y permitís que el ejército de vuestros diarios realice la falsa oposición que habéis mentado, no alcanzo a comprender cómo evitaréis la respuesta de los periódicos no afiliados, que habrán adivinado vuestros manejos. ¿No pensáis que concluirán por descubrir algunos de vuestros misteriosos resortes? ¿Podréis impedirles reír una vez interiorizados del secreto de esta comedia? El juego paréceme sumamente escabroso.

Maquiavelo.—En absoluto; os diré al respecto que he dedicado largo tiempo a examinar los puntos fuertes y débiles de tales combinaciones y que me he informado detalladamente acerca de las condiciones de existencia de la prensa en los países parlamentarios. Debéis saber que el periodismo es una especie de francmasonería: todos sus integrantes están más o menos ligados entre sí por los lazos de la discreción profesional; como los antiguos augures, no divulgan fácilmente el secreto de sus oráculos.

Nada ganarían traicionándose, pues la mayoría tiene llagas vergonzosas. Admito que en la capital y dentro de un determinado círculo, todas estas cosas no constituirán un secreto; pero, en cualquier otro lugar, nada se sospechará y la mayoría de la nación seguirá confiadamente las huellas de los guías que les habré dado.

¿Qué me importa si en la capital algunos grupos puedan conocer los artificios de mi periodismo? Su influencia destacada está reservada a las provincias. En ellas contaré siempre con la opinión que necesite y cada uno de mis ataques cumplirá allí su finalidad. La prensa provinciana me pertenecerá en su totalidad, pues en esto no admito contradicción ni discusión alguna; desde mi centro de administración se transmitirán las órdenes a los gobernadores de cada provincia, para que los diarios hablen en determinado sentido, de tal manera que simultáneamente en todo el país circularán idénticos impulsos, aun antes que se conozcan en la capital. Deduciréis de todo esto, que la opinión de la capital no puede preocuparme, pues se encontrará siempre atrasada con respecto al movimiento exterior que la envolverá sin saberlo, si es preciso.

Montesquieu.—El encadenamiento de vuestras ideas arrastra con tanta fuerza, que dudo en haceros una última objeción. Pese a lo que acabáis de decir, es evidente que en la capital subsiste aún un pequeño número de diarios independientes. Si bien es cierto que les será casi imposible hablar de política, podrán haceros una guerra de detalles. Vuestra administración no será perfecta; el poder absoluto origina una serie de abusos que no son causados por el mismo soberano; seréis vulnerable merced a los actos de vuestros agentes que se refieran al orden privado; habrá quejas, atacarán a vuestros agentes y necesariamente seréis el responsable; así, vuestra consideración se derrumbará por estos detalles.

Maquiavelo.—Nada de eso me infunde temor.

Montesquieu.—En verdad, habéis multiplicado de tal manera las medidas represivas, que sólo tendréis que elegir una de ellas.

Maquiavelo.—No pensaba decir tal cosa; no quiero verme obligado a usar sin cesar de la represión, quiero detener toda discusión sobre un asunto administrativo mediante una simple orden.

Montesquieu.—¿Y cómo haréis tal cosa?

Maquiavelo.—Obligaré a los diarios a publicar, en primera plana, las rectificaciones que el gobierno les comunique; los agentes administrativos enviarán las notas correspondientes, que dirán en forma categórica: Habéis anticipado tal hecho, no es exacto; habéis formulado tal crítica, estuvisteis injustos, o inconvenientes, o culpables. Como véis, será ésta una censura leal y abierta.

Montesquieu.—Para la cual, se entiende, no habrá réplica.

Maquiavelo.—Evidentemente no; la discusión quedará cerrada.

Montesquieu.—Muy ingenioso: tendréis siempre la última palabra sin usar de violencia. Como bien lo decís a cada instante, vuestro gobierno es la encarnación del periodismo.

Maquiavelo.—Así como no deseo que los rumores que provienen del exterior agiten el país, pienso del mismo modo con respecto a las noticias del interior, aun las de carácter privado. Los diarios no podrán hablar de ningún suicidio extraordinario, o de algún negocio dudoso, o de mal comportamiento de un funcionario público. Se respeta más la honestidad pública haciendo el silencio sobre estas cosas.

Montesquieu.—Mientras tanto, ¿continuaréis empeñado hasta el extremo con vuestro periodismo?

Maquiavelo.—Falta mucho aún. Actualmente, los gobiernos que quieren vivir deben utilizar la prensa bajo todas sus formas. Esta es la realidad. Por eso, continuaré este camino más allá de lo que imagináis.

Para comprender el alcance de mi sistema es necesario observar la relación entre las noticias de mis diarios y los actos oficiales de mi política: quiero, por ejemplo, la solución de determinado asunto externo o interno; mis diarios, cada uno en su estilo característico, han indicado durante varios meses esa solución, que aparece un buen día como acontecimiento oficial. Conocéis la discreción y las ingeniosas consideraciones con que deben redactarse los documentos oficiales, en las ocasiones de importancia: en un caso semejante el problema más difícil es satisfacer a todos los partidos. Pues bien, cada uno de mis periódicos, conforme a su matiz, procurará convencer a cada partido de que la disposición adoptada es la que más le favorece. Aquello que no puede decirse en un documento oficial, aparecerá en la interpretación del mismo; algo apenas indicado se comentará abiertamente en los diarios oficiosos, democráticos y republicanos; y mientras disputan y surgen las más diversas interpretaciones de mis actos, mi gobierno podrá responder a todos y a cada uno: Os equivocáis respecto de mis intenciones, habéis leído mal mis declaraciones; nunca he querido decir más que esto o aquello. Lo esencial es no estar nunca en contradicción consigo mismo.

Montesquieu.—¡Cómo! ¿Tenéis semejante pretensión después de lo que acabáis de decir?

Maquiavelo.—Sin duda, y vuestro asombro me demuestra que no habéis entendido. Es necesario que las palabras armonicen más que los actos. ¿Cómo queréis que la masa de un país juzgue si su gobierno está regido por la lógica? Basta con decírselo. Quiero, pues, que los diversos aspectos de mi política se presenten como el desarrollo de un pensamiento único guiado hacia un fin inmutable. Todo acontecimiento previsto o imprevisto será un resultado obtenido sabiamente. Las diferencias de dirección serán fases diversas de un mismo asunto, distintos caminos que llevan al mismo fin, medios variados de una idéntica solución lograda sin darse descanso pese a todos los obstáculos. El último acontecimiento será la lógica conclusión de todos los demás.

Montesquieu.—¡Verdaderamente, hay que admiraros! ¡Qué inteligencia y qué actividad!

Maquiavelo.—Todos los días mis diarios publicarían discursos oficiales, actas de sesiones, informes a los ministros, informaciones al soberano. No olvidaría que en esta época se cree poder resolver, con habilidad, todos los problemas de la sociedad, ocupándose sin cesar del mejoramiento de las clases obreras. Me dedicaría con todo entusiasmo a esos asuntos, que constituyen una feliz derivación de todas las preocupaciones de la política interna. Los gobiernos deben aparentar ocupación continua en los países meridionales; las masas aceptan la inactividad con la condición de que el gobierno ofrezca el espectáculo de una actividad incesante, una especie de fiebre; los gobernantes deben atraer la atención con novedades, sorpresas, golpes de teatro; todo esto puede parecer extravagante, pero es real.

Seguiría punto por punto estas indicaciones; de consiguiente, en materia de comercio, industria, arte y administración, haría estudiar toda suerte de proyectos, planes, combinaciones, cambios, revisiones y mejoras, cuya resonancia en la prensa cubriría otras publicaciones, aun más numerosas y fecundas. Se ha dicho que la economía política tiene éxito entre vosotros; pues bien, no dejaría nada por inventar, decir o publicar aun a vuestros teóricos, utopistas o expositores más apasionados de vuestras escuelas. El bienestar del pueblo sería el invariable y único objeto de mis confidencias públicas. Al hablar, ya sea directamente o bien a través de mis ministros o escritores, no cesaría de hacerlo sobre la grandeza del país, su prosperidad, la majestad de su misión y de su destino; continuamente se mencionarían los grandes principios del derecho moderno y los

importantes problemas que conmueven a la humanidad. Mis escritos respirarían el liberalismo más entusiasta y universal. Los pueblos de Occidente gustan del estilo oriental, por ello el estilo de todos los discursos y comunicaciones oficiales sería pomposo, adornado con imágenes, pleno de elevaciones. Como los pueblos no quieren gobernantes ateos, no olvidaría poner todos mis actos bajo la invocación de la Divinidad al hacer comunicaciones públicas, y uniría, con habilidad, mi nombre al del país.

Querría que en todo momento se comparasen mis actos con los de los gobiernos anteriores, ya que esta es la mejor manera de destacar mis aciertos y provocar el reconocimiento que merecen.

De gran eficacia resultaría señalar las faltas de quienes me precedieron, indicando también que he sabido evitarlas. En esa forma surgiría una especie de antipatía o de aversión hacia los regímenes precedentes, aversión que concluiría por ser irreparable.

Un número considerable de diarios tendría la misión de exaltar continuamente la gloria de mi gobierno, y arrojar sobre otros gobiernos la responsabilidad de los errores de la política europea. Pero, además, querría que muchos de esos elogios apareciesen como eco de la opinión extranjera; así, se reproducirían artículos, verdaderos o falsos, que encerrasen una aprobación visible de mi política. Por lo demás, tendría diarios pagados en el extranjero, cuyo apoyo resultaría de gran eficacia porque simularían oponerse en algunos detalles.

La aureola de la juventud y el prestigio del nuevo derecho rodearía mis actos, mis ideas y principios, en oposición a la decrepitud y caducidad de las antiguas instituciones.

No ignoro que el espíritu público necesita válvulas, y que la actividad intelectual busca nuevos campos cuando algunos le están vedados. No temería, entonces, impulsar a la nación a todas las especulaciones teóricas y prácticas del sistema industrial.

Os diré que, fuera de la política, sería muy buen príncipe; no me molestarían las más agitadas cuestiones filosóficas o religiosas. La doctrina del libre examen se ha convertido en una especie de monomanía dentro del campo religioso; es preciso respetarla, pues un ataque sería peligroso. La invención de la imprenta originó, en los países más civilizados de Europa, una literatura desenfrenada, excesiva, casi inmundada, que constituye un mal de consideración; pues bien, resulta penoso pero no es posible ni siquiera incomodarle, ya que constituye la descarga del

furioso deseo de escribir que existe en vuestros países de sistema parlamentario.

Esta literatura desagradable cuyo curso no se puede detener, y la vulgaridad de los escritores y los políticos que dirijan los periódicos, serán un repugnante contraste frente a la dignidad del lenguaje real y la viva y colorida dialéctica de todas las manifestaciones del poder. Ahora comprenderéis por qué he querido rodear al príncipe con ese enjambre de publicistas, abogados, hombres de negocios, jurisconsultos, hombres de la administración, esenciales para redactar la enorme cantidad de comunicaciones oficiales de que os he hablado, y cuyo efecto será muy eficaz sobre los espíritus.

En síntesis, os he ofrecido la organización general de mi sistema de prensa.

Montesquieu.—Entonces, ¿habéis concluído?

Maquiavelo.—Sí, y con pesar, pues me he limitado más de lo necesario. Pero nuestros instantes están contados, debemos seguir con rapidez.